

Guadalupe Nettel

“Prefiero permanecer en la periferia”

La autora mexicana recrea su infancia marcada por la diferencia en la novela autobiográfica *El cuerpo en que nació*

Por Carles Geli

LA LITERATURA, algunas veces, es puro azar. Al poco de haber nacido su primer hijo, Guadalupe Nettel (Ciudad de México, 1973) recibió el encargo de escribir un texto autobiográfico para una revista. “Juntar la maternidad con el ejercicio de memoria sobre mi niñez produjo una detonación sobre mi proceso creativo, abrió el grifo a todos esos temas que esperaban a ser abordados; me parasitó”. El resultado fue *El cuerpo en que nació* (Anagrama), la extraña infancia de una niña, de nuevo inusual e intransferible ejercicio literario sobre la trastienda psicológica, el desdoblamiento, temas queridos en una autora que muchos ven adalid de la nueva narrativa mexicana y que rechaza casi con fiereza: “No me interesa otro boom ni fenómeno literario-comercial que nos haga visibles; tampoco ser cabeza de ningún cartel; prefiero permanecer en la periferia”. Esa mirada periférica, esa lucha con el otro que somos, la aplica esta vez a sí misma.

PREGUNTA. *El cuerpo en que nació* es, entre muchas cosas, una bofetada a los progres de los setenta. ¿Qué fue lo criticable?

RESPUESTA. No veo la novela como un escupitajo a los años setenta. Esos jóvenes querían acabar con las guerras, establecer sociedades más justas. Fueron valientes, experimentaban con todo: su sociedad, su pareja, sus mentes y sus hijos. Nosotros, los nacidos en los setenta, fuimos sus conejillos de indias, la primera generación con padres mayormente separados. Esos intentos de cambio eran muy radicales y no estaban muy ajustados. En su ingenuidad no midieron las consecuencias. Había muchas teorías descabelladas y muy nocivas, como lo que sostuvieron sociólogos franceses de que los niños podían practicar relaciones sexuales con adultos. Mis padres no llegaron a tanto, pero algunos que conocí lo hacían.

P. ¿El giro conservador de los nacidos en los setenta y los ochenta responde a esa educación?

R. Supongo. Es como si en la infancia ya hubiéramos tenido suficiente experimento; también nos dimos cuenta de los resultados, como el sida. Nos tocó pensar y hacernos preguntas sobre nuestra educación durante la niñez. Pero nosotros no hemos mostrado aún las agallas que ellos tuvieron para cambiar su sociedad.

P. En los nuevos narradores hispanoamericanos se detecta una preocupación sobre desajustes emocionales fruto de turbulentas situaciones domésticas.

R. “La infancia es un cuchillo clavado en la garganta”, escribe Wajdi Mouawad en *Incendios*. Por eso uno la revive una y otra vez en los libros, como quien escupe a pedazos. Autores que me gustan mucho, como Singer, Zweig, Gary o Guinzburg, narran abundantemente esa época de su vida.

P. Hay cierta fascinación por lo imperfecto en sus colegas. También en usted. ¿Reflejo de las sociedades tan desestructuradas de sus países, del peso del terrorismo o el narcotráfico?

R. Mi interés tiene que ver con mi biografía. Tengo males en un ojo y veo bastante menos que la media. Durante mi infancia circulé por el mundo con una visión del 10%. Por eso me interesa tanto la normalidad/anormalidad. He tratado esos dos temas en casi todos mis libros, sobre todo en *Pétalos* y en *El huésped*. Lo normal y lo anormal son categorías muy estúpidas vigentes desde siempre, en todas las sociedades, y tienen que ver con valores estéticos, morales, de clase... muy limitados y no sólo con la medicina. Estas categorías están en el origen de la discriminación. Yo lo critico. No



“Mi interés tiene que ver con mi biografía”, señala Guadalupe Nettel. Foto: Efe / Andreu Dalmau

creo que tenga que ver con sociedades destructoras. La verdad es que las latinoamericanas se parecen: son racistas, clasistas, influidas por el catolicismo y llenas de desi-

gualdades atroces en la economía. También hay diferencias: en México no sufrimos una dictadura, tampoco terrorismo. Narcotráfico, sí, que no he tocado porque nunca lo he

vivido de cerca. Sería falso por mi parte abordarlo, como obedecer a una moda local, no escribir por necesidad.

P. La novela está relacionada con su anterior producción cuentística: el asunto del desdoblamiento, cierto miedo psicológico..., sólo que lo protagoniza usted.

R. El libro es el relato de cómo nació en mí la vocación de escritora y las claves de mi literatura. La obsesión por la ceguera, la defensa de las diferencias, mi debilidad por los *freaks*. Al ser autobiográfico, no está presente la dimensión fantástica de mis otros libros. Pero sí se ven las lecturas que despertaron mi afición por el género. También describo mi tendencia a ver cosas extrañas, esas grietas en la realidad y que constituyen las puertas a lo fantástico. Me refiero al episodio en que se me aparecían los insectos y ese *terror psicológico* en un hospital en que se mezcla el sueño premonitorio con la realidad.

P. Hace un ejercicio de psicoanálisis brutal, anómalo en su generación...

R. El psicoanálisis siempre estuvo en mi vida. Mi padre estudió y ejerció esa profesión y fui por primera vez a terapia a los siete años por una de esas excentricidades de la época. Por eso el psicoanálisis tenía que aparecer, con un toque de ironía. También es un guiño a Philip Roth, cuyo humor me fascina, y a su personaje el doctor Spiegelvogel. El consultorio del psicólogo es hoy el máximo espacio de intimidad, ha reemplazado a los confesionarios.

P. Parece que siempre ha sido una *outsider*: por lo del ojo, por la separación de los padres, por practicar el fútbol, por vivir en un barrio periférico en Francia...

R. La diferencia física y las burlas infantiles me marcaron de forma definitiva. También vivir con mi abuela y no saber dónde estaba mi padre... Todo eso hizo que me sintiera marginal. Además del ojo, crecí entre niños de exiliados de toda América Latina, después entre inmigrantes de África y árabes. Y eso cuento: ser y vivir en ambientes marginales. En ningún lado encajaba y acabé resignándome a que así sería el resto de mi vida. Lo tomé como una causa. Todo lo que escribo está imbuido de esa visión del mundo. ●

La belleza de lo imperfecto

El cuerpo en que nació

Guadalupe Nettel
Anagrama. Barcelona, 2011
200 páginas. 16 euros

Por María José Obiol

HACE UNOS AÑOS estuve en un perturbador libro de cuentos. Se titulaba *Pétalos* y su autora era Guadalupe Nettel. En uno de los relatos, el protagonista era un fotógrafo que plasmaba imágenes de párpados imperfectos. El resto de los cuentos, de una excelencia poco habitual, se poblaba de personajes cuando menos raros. Seres obsesivos. Un observador escatológico, alguien que se reconoce en un cactus, un buscador de pétalos en las manchas de orín... Admiré, no sin inquietud, la luminosa belleza de aquellas extrañas narraciones. Un par de años antes, Nettel había escrito *El huésped*, su primera novela, que no resultaba menos inquietante, pues contaba sobre una adolescente que sentía su interior habitado por algo indefinido que la llevaba a realizar acciones no deseadas

y con quien de cuando en cuando pactaba para que le diera momentos de tranquilidad. Ella le llamaba La Cosa y con el tiempo iba a apoderarse de su visión, quitándole luz. No era una novela de terror, sino de un malestar inconcreto que atrapa al lector, sobre todo en su intensa primera parte. El nuevo libro de Guadalupe Nettel, *El cuerpo en que nació*, inspirado en la infancia de la propia autora, se inicia cuando la protagonista cuenta sobre un lunar blanco que tiene en el centro de la córnea del ojo derecho. No es extraño que esta lectora recordara personajes de otros libros: la mujer de párpado excesivo, Ana, la protagonista de *El huésped*... Así pues, descubro que Nettel ya escribía sobre ella, al tiempo que vindicaba lo raro, lo diferente. Ella y sus otras ellas (ya sean sus personajes o la autora misma) desdoblan la realidad con una asimetría que por un lado les ofrece nitidez y por otro les muestra el mundo de lo difuso, pero también de lo profundo.

La novela se plantea como una conversación entre una mujer y su psicoanalista, en realidad una oidora para el relato de la

infancia de quien dice, y en ese monólogo (la doctora no habla) están los elementos de la celebrada escritura de Nettel: es una alianza hermosa e inquietante no con lo extraordinario sino con lo llamado imperfecto. Sus personajes, además, no se definen por sus excentricidades sino por la cualidad de sus manías, de sus obsesiones. Sin embargo, *El mundo en que nació* es más frágil que los otros libros de la escritora, pues la atención en ocasiones se vuelve distraída, tal vez por esa manera más ingenua y conservadora de contar, aunque hay escenas que podrían por sí mismas ser un valioso cuento, como el de Ximena en el marco de la ventana. Pero ocurre que abandonada la lectura, en el reposo de lo leído, llegan ráfagas de esa viscosa atmósfera que contiene las claves de su perturbadora escritura. Algunos de sus amigos de infancia bien podrían, ya adultos, estar habitando el subterráneo del metro. En este, su último libro, está la simiente de los personajes que han recorrido su obra. Seres imperfectos que no buscan ni quieren redención sino conformar una realidad que les incluya. ●